

ASCENSIÓN del SEÑOR

1 de junio 2025

Abrimos nuestro corazón al Espíritu Santo Dios, que nos conducirá a la Verdad plena

ORACION COLECTA:

“Concédenos, Dios todopoderoso, darte gracias con santa alegría, porque en la ascensión de Cristo, tu Hijo, nuestra humanidad es elevada junto a ti, ya que él, como cabeza de la Iglesia, nos ha precedido en la gloria que nosotros, su cuerpo, esperamos alcanzar.”

Por nuestro Señor Jesucristo, tu Hijo, que vive y reina contigo en la unidad del Espíritu Santo y es Dios, por los siglos de los siglos.

Escuchamos y leemos los signos de Dios en nuestras vidas, desde nuestra propia realidad personal y comunitaria

En la Ascensión del Señor, confirmamos que una humanidad como la nuestra participa en la vida divina. ¿Qué te sugiere esto?

Escuchamos atentamente la S. Escritura en la cual nos habla

Lc 24,46-53

¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!

La palabra escuchada ha hecho resonar ECOS en nuestro corazón y en nuestras conciencias: ¿cuáles son? ¿los compartimos?

PENSAMOS JUNTOS, algunos aspectos del texto que, conocidos, nos permiten interpretar el mensaje

EL ÚLTIMO GESTO. Jesús era realista. Sabía que no podía transformar de un día para otro aquella sociedad donde veía sufrir a tanta gente. No tiene poder político ni religioso para provocar un cambio revolucionario. Solo su palabra, sus gestos y su fe grande en el Dios de los que sufren. Por eso le gusta tanto hacer gestos de bondad. «Abraza» a los niños de la calle para que no se sientan huérfanos. «Toca» a los leprosos para que no se vean excluidos de las aldeas. «Acoge» amistosamente a su mesa a pecadores e indeseables para que no se sientan despreciados.

No son gestos convencionales. Le nacen desde su voluntad de hacer un mundo más amable y solidario en el que las personas se ayuden y se cuiden mutuamente. No importa que sean gestos pequeños. Dios tiene en cuenta hasta el «vaso de agua» que damos a quien tiene sed. A Jesús le gusta sobre todo «bendecir». Bendice a los pequeños y bendice sobre todo a los enfermos y desgraciados. Su gesto está cargado de fe y de amor. Desea envolver a los que más sufren con la compasión, la protección y la bendición de Dios.

No es extraño que, al narrar su despedida, Lucas describa a Jesús levantando sus manos y «bendiciendo» a sus discípulos. Es su último gesto. Jesús entra en el misterio insondable de Dios y sus seguidores quedan envueltos en su bendición. Hace ya mucho tiempo que lo hemos olvidado, pero la Iglesia ha de ser en medio del mundo una fuente de bendición. En un mundo donde es tan frecuente «maldecir», condenar, hacer daño y denigrar, es más necesaria que nunca la presencia de seguidores de Jesús que sepan «bendecir», buscar el bien, hacer el bien, atraer hacia el bien. Una Iglesia fiel a Jesús está llamada a sorprender a la sociedad con gestos públicos de bondad, rompiendo esquemas y distanciándose de estrategias, estilos de actuación y lenguajes agresivos que nada tienen que ver con Jesús, el Profeta que bendecía a las gentes con gestos y palabras de bondad.

BENDECIR. Según el sugestivo relato de Lucas, Jesús vuelve a su Padre «bendiciendo» a sus discípulos. Es su último gesto. Jesús deja tras de sí su bendición. Los discípulos responden al gesto de Jesús marchando al templo llenos de alegría. Y estaban allí «bendiciendo» a Dios. La bendición es una práctica arraigada en casi todas las culturas como el mejor deseo que podemos despertar hacia otros. El judaísmo, el islam y el cristianismo le han dado siempre gran importancia. Y, aunque en nuestros días ha quedado reducida a un ritual casi en desuso, no son pocos los que subrayan su hondo contenido y la necesidad de recuperarla.

Bendecir es, antes que nada, desear el bien a las personas que vamos encontrando en nuestro camino. Querer el bien de manera incondicional y sin reservas. Querer la salud, el bienestar, la alegría... todo lo que puede ayudarles a vivir con dignidad. Cuanto más deseamos el bien para todos, más posible es su manifestación. Bendecir es aprender a vivir desde una actitud básica de amor a la vida y a las personas. El que bendice vacía su corazón de otras actitudes poco sanas como la agresividad, el miedo, la hostilidad o la indiferencia. No es posible bendecir y al mismo tiempo vivir condenando, rechazando, odiando.

Bendecir es desearle a alguien el bien desde lo más hondo de nuestro ser, aunque no somos nosotros la fuente de la bendición, sino solo sus testigos y portadores. El que bendice no hace sino evocar, desear y pedir la presencia bondadosa del Creador, fuente de todo bien. Por eso solo se puede bendecir en actitud agradecida a Dios. La bendición hace bien al que la recibe y al que la practica. Quien bendice a otros se bendice a sí mismo. La bendición queda resonando en su interior como plegaria silenciosa que va transformando su corazón, haciéndolo más bueno y noble. Nadie puede sentirse bien consigo mismo mientras siga maldiciendo a otro en el fondo de su ser. Los seguidores de Jesús somos portadores y testigos de la bendición de Jesús al mundo.

CRECIMIENTO Y CREATIVIDAD. Los evangelios nos ofrecen diversas claves para entender cómo comenzaron su andadura histórica las primeras comunidades cristianas sin la presencia de Jesús al frente de sus seguidores. Tal vez no fue todo tan sencillo como a veces imaginamos. ¿Cómo entendieron y vivieron su relación con él una vez desaparecido de la tierra? Mateo no dice una palabra de su ascensión al cielo. Termina su evangelio con una escena de despedida en una montaña de Galilea en la que Jesús les hace esta solemne promesa: «Sabed que yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo». Los discípulos no han de sentir su ausencia. Jesús estará siempre con ellos. Pero, ¿cómo?

Lucas ofrece una visión diferente. En la escena final de su evangelio, Jesús «se separa de ellos subiendo hacia el cielo». Los discípulos tienen que aceptar con todo realismo la separación: Jesús vive ya en el misterio de Dios. Pero sube al Padre «bendiciendo» a los suyos. Sus seguidores comienzan su andadura animados por aquella bendición con la que Jesús curaba a los enfermos, perdonaba a los pecadores y acariciaba a los pequeños. El evangelista Juan pone en labios de Jesús unas palabras que proponen otra clave. Al despedirse de los suyos, Jesús les dice: «Yo me voy al

Padre y vosotros estáis tristes... Sin embargo, os conviene que yo me vaya para que recibáis el Espíritu Santo». La tristeza de los discípulos es explicable. Desean la seguridad que les da tener a Jesús siempre junto a ellos. Es la tentación de vivir de manera infantil bajo la protección del Maestro.

La respuesta de Jesús muestra una sabia pedagogía. Su ausencia hará crecer la madurez de sus seguidores. Les deja la impronta de su Espíritu. Será él quien, en su ausencia, promoverá el crecimiento responsable y adulto de los suyos. Es bueno recordarlo en unos tiempos en que parece crecer entre nosotros el miedo a la creatividad, la tentación del inmovilismo o la nostalgia por un cristianismo pensado para otros tiempos. Los cristianos hemos caído más de una vez a lo largo de la historia en la tentación de vivir el seguimiento de Jesús de manera infantil. Hemos de recordar que, terminada la presencia histórica de Jesús, vivimos el «tiempo del Espíritu», tiempo de creatividad y de crecimiento responsable. El Espíritu no proporciona a los seguidores de Jesús «recetas eternas». Pero nos da luz y aliento para ir buscando caminos siempre nuevos para reproducir hoy su actuación. Así nos conduce hacia la verdad completa de Jesús.

¿DÓNDE ESTÁ LO QUE BUSCAMOS? Todos buscamos ser felices, pero ninguno de nosotros sabe dar una respuesta clara cuando se le pregunta por la felicidad. ¿Qué es la felicidad? ¿En qué consiste realmente? ¿Cómo alcanzarla? Más aún. Todos andamos tras ella, pero, ¿se puede lograr la felicidad? ¿No es buscar lo imposible? De hecho, la gente parece bastante pesimista ante la posibilidad de alcanzarla. Los científicos no hablan de felicidad. Tampoco los políticos se atreven a prometerla ni a incluirla en sus programas.

Y, sin embargo, el ser humano no renuncia a la felicidad, la necesita, la sigue buscando. El filósofo Fernando Savater dice que la felicidad «es imposible, pero imprescindible». Julián Marías la definía como «lo imposible necesario». Esta es la paradoja: no podemos ser plenamente felices y, sin embargo, necesitamos serlo. Hay en nosotros un anhelo profundo de felicidad que, al parecer, nada ni nadie puede saciar. La felicidad es siempre «lo que nos falta», lo que todavía no poseemos. Para ser feliz no basta lograr lo que andábamos buscando. Cuando por fin hemos conseguido aquello que tanto queríamos, pronto descubrimos que estamos de nuevo buscando felicidad.

Esta insatisfacción última del ser humano no se debe a fracasos o decepciones concretas. Es algo más profundo. Está en el interior mismo del ser humano, y nos obliga a hacernos preguntas que no tienen fácil respuesta. Si la felicidad parece siempre «lo que nos falta», ¿qué es lo que realmente nos falta? ¿Qué necesitamos para ser felices? ¿Qué es lo que, desde el fondo de su ser, está pidiendo la humanidad entera? En su ensayo *Felicidad y salvación*, el teólogo alemán Gisbert Greshake ha planteado así la alternativa ante la que se encuentra el ser humano. O bien la felicidad plena es pura ilusión y el ser humano, empeñado en ser plenamente feliz, es algo absurdo y sin sentido. O bien la felicidad es regalo, plenitud de vida que solo nos puede llegar como gracia desde aquel que es la fuente de la vida. Ante esta alternativa, el cristiano adopta una postura de esperanza. Es cierto que, cuando anhelamos la felicidad plena, estamos buscando algo que no podemos darnos a nosotros mismos; pero hay una felicidad última que tiene su origen en Dios y que nosotros podemos acoger y disfrutar eternamente.

Lo decisivo es abrirnos al misterio de la vida con confianza. Escuchar hasta el final ese anhelo de felicidad eterna que se encierra en nosotros y esperar la salvación como gracia que se nos ofrece desde el misterio último de la realidad que es Dios.

EL CIELO COMIENZA EN LA TIERRA. Hablar del cielo puede parecer a muchos no solo escapismo y evasión cobarde de los problemas que nos envuelven, sino hasta un insulto insoportable y una broma. No es el cielo lo que nos

tiene que importar, sino la tierra, nuestra tierra. Probablemente, bastantes suscribirían de alguna manera las palabras apasionadas de Friedrich Nietzsche: «Yo os conjuro, hermanos míos, permaneced fieles a la tierra y no creáis en los que os hablan de experiencias supraterrénas. Consciente o inconscientemente son unos envenenadores... La tierra está cansada de ellos; ¡que se vayan de una vez!».

Pero, ¿qué es ser fiel a esta tierra que clama por una plenitud y reconciliación totales? ¿Qué es ser fiel a esta humanidad que no puede lograr esa liberación y esa paz que tan ardientemente busca? ¿Qué es ser fiel al hombre y a toda la sed de felicidad que se encierra en su ser? Los creyentes hemos sido acusados de haber puesto nuestros ojos en el cielo y haber olvidado la tierra. Sin duda es cierto que una esperanza mal entendida ha conducido a bastantes cristianos a abandonar la construcción de la tierra, e incluso a sospechar de los logros humanos en esta vida.

Sin embargo, la esperanza cristiana consiste precisamente en buscar y esperar la plenitud total de esta tierra. Creer en el cielo es buscar ser fiel a esta tierra hasta el final, sin defraudar ni desesperar de ningún anhelo o aspiración verdaderamente humanos. No es esperanza cristiana la que conduce a desentendernos de los problemas y sufrimientos de esta tierra. Precisamente porque cree, busca y espera un mundo nuevo y definitivo, el creyente no puede conformarse con este mundo lleno de lágrimas, sangre, injusticia, mentira y violencia. Quien no hace nada por cambiar este mundo no cree en otro mejor. Quien no trabaja por desterrar la violencia no cree en una sociedad fraterna. Quien no lucha contra la injusticia no cree en un mundo más justo. Quien no trabaja por liberar al ser humano de sus esclavitudes no cree en un mundo nuevo y feliz. Quien no hace nada por cambiar la tierra no cree en el cielo.

6) **ORACIÓN COMUNITARIA:** *motivados por la Palabra y lo compartido realizamos nuestra oración comunitaria*

7) **ACTUAMOS:** PROPÓSITO DE ESTE ENCUENTRO: personal y comunitaria.